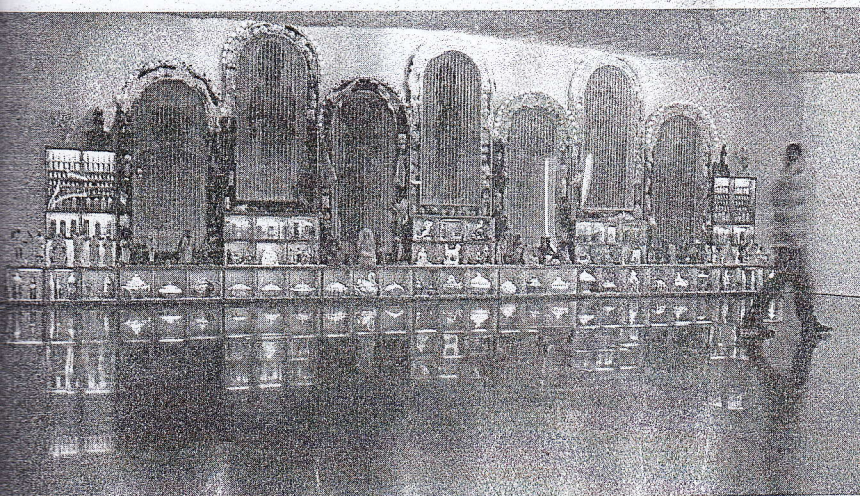




«Comida», de Miralda, es una de las doscientas piezas de la exposición

Chillida, Tàpies, Oteiza y Miralda pasan la historia del MACBA

El museo propone un viaje de cinco décadas a través de más de 200 obras de la colección

GUILLERMO LONA

La evolución del arte se puede explicar de muchas, muchísimas maneras. El MACBA propone un viaje en el tiempo, desde 1957 a 2011, con más de doscientas obras de sesenta artistas que conforman la colección del museo. La colección permanente no es esencialmente permanente, sino que se articula con diferentes camaleones que ofrecen diferentes interpretaciones», subraya Bartomeu Rosanas, director del museo. El juego está en el espectador que debe disfrutar. Una de las claves de esta exposición es que atiende al nombre de «Episodios críticos» es que pone en contra a «artistas de diferentes épocas que utilizan diferentes lenguajes». Chillida, Tàpies, Oteiza, Sotomayor, Miralda, Joan Brossa, Aníbal, Ignasi Aballí... entre otros. La propuesta que se despliega en las salas se divide en seis episodios. Hay que huir del contenido como «La plaga»; «El arte de la primera mundialización»; «Fisuras»; «Voyeurismo y narcisismo»; «Trabaja y control» y «Déconnage». Entonces adentrarnos. Uno de los episodios más vistosos es «El arte de la globalización» que abarca los sesenta y setenta. «En esta época el mundo se conectó gracias a los medios de comunicación y al sistema global —explica Antonia Maria López, responsable de la colección—, surgieron varios artis-

tas que jugaron con iconos de aquellos años». Un buen ejemplo es Hélio Oiticica, un artista brasileño que nos ofrece una experiencia divertida con una instalación en la que la cocaína se convierte en una metáfora de un mundo entendido como mercancía.

Autocrítica de la pintura

El espectador, tumbado en el suelo y rodeado de globos, se adentra en uno de los escondites de esta muestra para ver unas imágenes proyectadas en las paredes donde reconocemos iconos de la talla de Marilyn Monroe por los que revolotean polvos de cocaína. También es destacable el impacto del altar de Miralda, «La Santa Comida», lleno de luces, colores, sopas, santos africanos y ofrendas.

Al hilo de la frase del crítico de arte americano Clement Greenberg «Hay que huir del contenido como de una plaga» el Macba propone una autocrí-

tica de la pintura que empezó en los años 60. «Hemos intentado reunir obras que destruyen el mito de la pintura», comenta Perelló. Este capítulo arranca con una película que propuso Pere Portabella a Miró en 1969. El resultado es «Miró el otro» en el que vemos al pintor borrando el mural que había hecho en el colegio de arquitectos de Barcelona. Es una performance que casa muy bien junto a una sábana que cuelga Tàpies dentro de un marco o las pinturas analíticas de Hernández Pijuan.

Hay muchas sorpresas como la de Allan Sekula que ocupa la segunda planta con una instalación fotográfica que dialoga con un archivo de esculturas en hierro y acero de Richard Serra, Jorge Oteiza y Eduardo Chillida. «Hemos intentado homogeneizar las esculturas para conseguir un efecto diferente y atractivo», destaca Bartomeu Mari.



Un visitante fotografía una de las piezas de Jorge Oteiza

PUBLICA DOS NOVELAS

Jean Rolin: «El corresponsal de guerra sigue siendo irremplazable»

SERGI DORIA
BARCELONA

La curiosidad es el último bastión del escritor. Por ejemplo, Jean Rolin, capaz de patearse el África austral, diseccionar el cadáver de Yugoslavia, compartir los ritos de cristianos palestinos, topografiar el París marginal o el Beverly Hills donde el mito plastificado Britney Spears deviene en juguete roto. Dos editoriales pequeñas, Libros del Asteroide —«El rapto de Britney Spears»— y Sexto Piso —«La cerca»—, unen fuerzas para dar a conocer la polimórfica obra de Rolin.

Veterano periodista, a Rolin le obsesiona el territorio que «explica social o históricamente a sus habitantes». Antes de ponerse a escribir, escudriña los mapas: «Viajé al estrecho de Ormuz, el paso del petróleo hacia Occidente; después de reunir una exhaustiva documentación sobre ese enclave tan conflictivo desarrollaré mi reportaje». La preocupación topográfica une «La cerca» con «El rapto de Britney Spears». En la primera, describe en paralelo dos fracasos: el mariscal Ney en Waterloo y los inmigrantes y prostitutas del París suburbial de Puerta de Clignancourt; Britney Spears, añade, «es otro fracaso en otra topografía: la chica a la que robaron su infancia en el Hollywood de los tópicos».

Periodismo y literatura fundidos en un momento en que la profesión anda confundida por las nuevas tecnologías. «Ya no trabajo para la prensa, aunque a veces alguna revista me encarga un reportaje», explica Rolin. Entre lo último que publicó, un recorrido por la geografía de los contenedores como iconos de la mundialización: «China es el primer fabricante de contenedores: cuando acaban su vida útil, sirven como fortificaciones bélicas en Beirut, Sarajevo o Kabul». El reportaje vio la luz en la revista Geo: «No querían pagar el viaje a Kabul que pude hacer gracias al ejército francés; el de China me lo financió una naviera, lo que echó por tierra la premisa deontológica de que un periodista no debe aceptar favores porque pierde su independencia».

Sobre las nuevas tecnologías, Rolin reconoce que Google Maps resulta muy práctico: «Lo he utilizado para localizar los barcos americanos en Ormuz, pero no podrá sustituir la experiencia personal y el calor extremo de aquellas tierras». En situaciones límite, concluye, el factor humano da sentido al periodismo: «El corresponsal de guerra sigue siendo irremplazable».